

Rob Riemen

Salmos para los dioses callados

Guadalupe Alonso

*Director y fundador del prestigiado Instituto Nexus, el teólogo y pensador Rob Riemen ha presentado en su libro *Nobleza de espíritu*, una idea olvidada una crítica al predominio de la ciencia y la tecnología en demérito de la formación clásica. En esta conversación con Guadalupe Alonso, autora de *Cuaderno frontera*, Riemen explica su postura humanista ante la debacle cultural de nuestro tiempo.*

A lo largo del tiempo, el ser humano se ha preguntado una y otra vez: ¿qué salvará al mundo? Una interrogante que llevó al teólogo y filósofo holandés Rob Riemen a un profundo análisis sobre la situación que vivimos en busca de posibles respuestas. Para hallarlas, el autor del libro *Nobleza de espíritu, una idea olvidada*, reflexiona sobre el modo como se ha privilegiado a la tecnología, la ciencia y la economía, en un mundo donde imperan la injusticia, la violencia y la frivolidad. Ante la pérdida de los valores que enaltecen al ser humano, Riemen advierte sobre la urgencia de volver la mirada hacia el humanismo, las artes y la cultura.

Director y fundador del Instituto Nexus, un proyecto que apuesta por la palabra como la única posibilidad de comprender el mundo, Rob Riemen estuvo en México para ofrecer la conferencia titulada “¿Qué sal-

vará al mundo? Una pregunta perenne”. Y se trata de una pregunta perenne, dice, porque “para toda religión, así como para muchas ideologías políticas, es una pregunta inexistente; es obvio que ellos son la respuesta, la salvación. Considerarla una pregunta perenne significa abrir un espacio para que la gente comprenda que con esas respuestas prefabricadas no es suficiente”.

Riemen plantea la necesidad de recurrir a filósofos como Pascal y Kierkegaard, entre otros, para comprender que somos los seres humanos y no las ciencias ni las religiones quienes tenemos toda la responsabilidad cuando se trata de salvar al mundo. “Hay algunas cosas que habría que recobrar”, apunta. “Ya no es suficiente tener acceso a una buena educación; antes que eso y por el resto de la vida, debemos adquirir un conocimiento de quiénes somos, el mundo en que vivimos y cómo darle senti-

do. Lo que necesitamos es una educación como la entendía el gran pensador romano Cicerón, es decir, la filosofía como el modo de cultivar el alma hacia la búsqueda de la sabiduría. Esto es totalmente opuesto a nuestro mundo. No estamos en la búsqueda de sabiduría; todos son datos científicos, tecnológicos, información, conocimientos de economía. ¿Cultura? No, ¡quién habla de cultura! Tenemos que esforzarnos por vivir una vida que tenga significado. ¿Cómo aprender esos valores y hacerlos nuestros? Para eso están la filosofía, la poesía, las artes”.

Riemen reconoce que salvar al mundo supone un costo muy alto; sin embargo, es esencial que se tomen medidas. “Estamos viendo”, dice, “que la amenaza del Estado Islámico se desplaza por todo el mundo, que Europa está al borde del colapso y que los Estados Unidos han tenido a un candidato del partido de Lincoln, ¡el partido de Abraham Lincoln, quien abolió la esclavitud y es uno de los grandes políticos de la historia moderna, es el partido del señor Trump, un racista, sexista, ególatra, fascista! Y en México tienen sus propios problemas. La clase gobernante no cambiará el mundo porque sólo están interesados en sí mismos, en mantener el *statu quo*. Uno de los grandes problemas de nuestro tiempo es que vivimos en el mundo de la estupidez organizada, es decir, hay muchas fuerzas intentando que la gente permanezca en la estupidez para así conservar el poder político, para vender sus productos comerciales, producir programas de *reality* en la televisión y tener universidades que sólo están interesadas en estudiantes pasivos. Debemos detener a la estupidez organizada, y esto sólo será posible mientras más y más gente, sobre todo jóvenes, digan: ‘No voy a tolerar más esto, quiero

una verdadera educación, no me interesan estos juegos, ofrézcanme la posibilidad de que mi vida tenga un significado”.

Agrega: “La falta de una educación verdadera, adecuada, provoca que los jóvenes se queden en su zona de confort. Ni siquiera se dan cuenta de que viven en una sociedad *kitsch*, que su vida es *kitsch*. Quieren verse muy hermosos, pero no saben lo que es la belleza, creen que su identidad va de la mano con las cosas que pueden comprar, luego suben todo a Facebook para tener muchos *likes*, creen que pueden comprar su identidad. El consumismo en nuestra sociedad no está basado en la codicia sino en lo mucho que la gente necesita una identidad”.

Un nuevo orden del mundo surgió tras las dos guerras mundiales, ambas devastadoras. No obstante, el saldo de la Segunda Guerra Mundial en la que murieron millones de personas es que no aprendimos las lecciones, asegura Riemen. “Terminado el conflicto, algunos intelectuales como Albert Camus y Thomas Mann clamaban que si bien la guerra había terminado, el fascismo no había desaparecido. Esos intelectuales vieron algo que hemos olvidado, es decir, que no vivimos en una democracia, por mucho que la clase política y los medios quieran hacernos creerlo. Vivimos en una democracia de masas, que es lo opuesto a la democracia. Una democracia real, de acuerdo con el filósofo Spinoza, ofrece libertad política, libertad espiritual, nos convoca a hacer justicia, crear belleza, ser la clase de seres humanos que debemos ser porque somos más que nuestra naturaleza, más que nuestro cuerpo, tenemos un espíritu, valores espirituales, y para eso necesitamos libertad política. Nunca podríamos desarrollar esto en un régi-



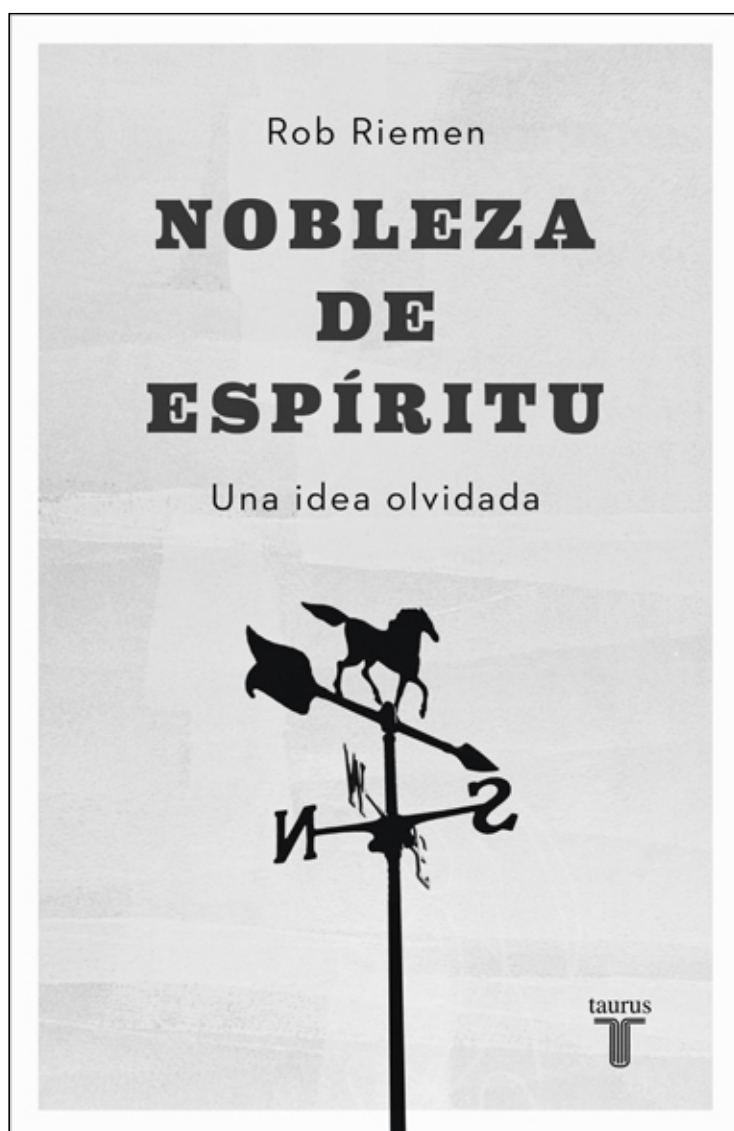
Rob Riemen

men totalitario. Si uno no se rige por valores espirituales sino por el miedo y la codicia, nuestros más bajos instintos, no hay espíritu ni pensamiento, entonces lo que nos rige es la estupidez organizada. Platón lo predijo en su *República*: cuando no somos capaces de comprender el significado de las palabras, los charlatanes vendrán a decir: ‘Escuchen, yo soy el líder, si me siguen todo estará bien. Sólo tienen que creer en mí, no tienen que pensar, yo me ocupo de todo’. Pues bien, esto ya lo hemos visto, hemos tenido un Mussolini, un Hitler, un Stalin”.

Quizá fue la generación de los sesenta la que mejor comprendió, en su momento, la necesidad de provocar un cambio radical. La juventud tenía utopías y dieron la batalla, “pero también teníamos a nuestros críticos y pensadores, Herbert Marcuse o Iván Illich”, dice Riemen. “Ellos hacían advertencias muy críticas hacia la clase intelectual para que no se politizara demasiado. La política es importante pero no lo es todo. La respuesta final sobre cómo salvar al mundo no será política porque siempre habrá intereses distintos en la sociedad, siempre habrá pobres y ricos, cierta injusticia, lo cual no nos hace cómplices, pero tenemos que entenderlo del modo como lo planteó Unamuno en su ensayo *Del sentimiento trá-*

gico de la vida, es decir, la tragedia siempre estará ahí, ¿cómo sobrellevarla? Marcuse, en *El hombre unidimensional*, planteó que en un mundo altamente económico y técnico, sería desde el arte y la cultura de donde tendría que venir la contrarrevolución. Desafortunadamente, no cultivamos eso; dejamos a un lado la cultura, a los clásicos. Comenzamos a pensar que los clásicos eran elitistas en un sentido peyorativo, sin siquiera conocer el significado de elitismo. Elite es una expresión que se refiere a lo que es mejor, lo que perdurará. La música de Mozart o Bach siempre estará ahí; los poemas de Kavafis y Shakespeare tienen un significado universal, y aún hay buenas razones para leer a Platón, a Spinoza y a Camus. No obstante, los intelectuales hemos desacreditado a los clásicos y al mundo de la cultura reemplazándolos por la política, la política de izquierda, y esto ha sido un grave error. La cultura tiene que ser conservadora porque apuesta por la transmisión de valores eternos; en cambio, la política no debe ser conservadora porque siempre estará la injusticia social contra la que debemos luchar. Mis compañeros intelectuales de izquierda cometieron el error de no ver las diferencias, pensaron que el conservadurismo en todas sus formas era una mala apuesta. Entonces comenzaron a destruir la cultura de los clásicos porque todo tenía que ser nuevo. Esta manera de desacreditar a la cultura hizo que se le relegara en el mundo de las universidades, en los medios, y ahora estamos al borde de que desaparezca la cultura del libro, lo que sería un desastre total”.

Nietzsche, el poeta del nihilismo, también fue profético sobre lo que vendría. Predijo la llegada de un mundo regido por el poder, una sociedad de amos y esclavos. El autor de *Más allá del bien y del mal* marcó a esa generación de las utopías en la década de los sesenta, una generación que, por otro lado, abrevó de uno de los periodos más luminosos de la literatura. Ejemplo de ello fue el auge de las letras durante el colapso del Imperio austrohúngaro, en el periodo de entreguerras, en Italia, o el *Boom* latinoamericano. La novela se erigió como un testimonio del tiempo y una lección sobre la condición humana. Si hay dos autores sobre los que Riemen insiste, estos son Friedrich Nietzsche y Thomas Mann, sus dos héroes. El primero, además de su prolífica obra, fue también el joven profesor que en 1874 dictó cinco conferencias sobre el futuro de la educación y se dirigió a los jóvenes para advertirles que la escuela de la civilización estaba muerta, que su educación sólo estaría enfocada en lo que sería bueno para la economía y para el Estado. Por supuesto, les enseñarán algo de cultura, diría el filósofo, pero sólo será para cubrirse, lo demás estará dirigido a la economía y a la burocracia. “Esto fue en 1874”, acota Riemen, “150 años después sucedió exactamente así: todo tiene que ver con la economía, el dinero y la burocracia, eso es todo”.





“Ahora bien, el siglo XX es la época de las más espléndidas novelas. Todos leímos a García Márquez, Vargas Llosa, Philip Roth, Robert Musil y Thomas Mann; fue la sangre en nuestras vidas. Y recuerdo, siendo joven, que cuando se publicó *Cien años de soledad*, la leímos dos o tres veces. Esto ya no sucede. El sentido de la Sociedad de los Poetas Muertos que se reunían a leer poesía ha desaparecido. Hoy en día el gran héroe de la literatura aún está por llegar; estamos a la espera de un renacimiento. Quizás un nuevo Kafka o un nuevo Pessoa esté a la vuelta de la esquina y todavía no nos damos cuenta. Lo que sé es que algo ha pasado en el mundo de la edición. Cuando Thomas Mann era un joven que escribía historias maravillosas, en cierta ocasión lo visitó el editor Samuel von Fischer y le dijo: ‘¿Por qué no escribes una verdadera novela?’. Thomas Mann tenía 22 años y pensó que podría hacerlo. Fue a Italia, donde estaba su hermano Heinrich, y dos años después volvió con mil páginas escritas a las que tituló *Los Buddenbrook*, la historia de una familia. Se las envió a Sammy Fischer, quien poco después de haberlas recibido le escribió una carta: ‘Querido Mann, he leído su novela. Es muy interesante pero demasiado larga. Estamos en la era de la industria, la gente ya no puede leer estas grandes novelas, ¿podría reducirla?’. Esto fue en 1900. Thomas Mann estaba impactado y se negó a reducirla, así que el editor la publicó en dos volúmenes. En la primera edición tiró 200 ejem-

plares, luego 500, pero no llegó a ningún lado. Más adelante, con una nueva maquinaria, Fischer imprimió mil ejemplares, después cinco mil, diez mil, veinte mil. Entonces Thomas Mann le escribe a su hermano Heinrich: ‘*Los Buddenbrook* está teniendo mucho éxito a pesar de ser una novela muy mala’. En esa época escribir un *best-seller* no era ninguna garantía. Más adelante Mann conoció a Gustav Mahler; se vieron en una sola ocasión, suficiente para que aquel le comentara a su esposa, Katia, que por primera vez en su vida había conocido a un genio, aunque en aquel entonces el trabajo de Mahler no iba a ningún lado. Lo que quiero decir con esto es que en el mundo de hoy la novela es menos apreciada de lo que debería y esto se relaciona con el poco interés en la cultura, en los clásicos. Hemos comenzado a creer en la ciencia y la tecnología, ya no nos interesa la sabiduría; nos interesa ser inteligentes, todo tiene que ser inteligente”.

Riemen continúa: “Necesitamos tener la idea de que cada cosa que hacemos tiene un significado porque si toda tu vida, tu relación de pareja, tus hijos, tu trabajo carecen de significado, te volverás loco. ¿Cómo encontrar el significado? Como sociedad necesitamos una gran narrativa, una historia de quiénes somos y adónde queremos llegar, porque justicia, verdad y armonía no son hechos; son un ideal. Thomas Mann comenzó siendo un conservador en sus ideas políticas. Durante la guerra mundial estaba del lado del régimen militar imperialis-

ta y cuando terminó la guerra se dio cuenta de su error. Fue cuando reescribió casi por completo su gran obra, *La montaña mágica*. De ser un conservador, pasó a ser un humanista. Gracias a esta experiencia, sabiendo lo mucho que había perdido, desarrolló un instinto político mucho más fuerte que otros. Fue uno de los primeros que vio el peligro de Hitler y su nacionalsocialismo. Más adelante se dedica a dar a sus lectores, en especial a los alemanes, otra narrativa de lo que significa el ser humano, de lo que significa el mundo metafísico, una vida totalmente diferente a la que proponían los nazis. Cada sociedad tiene su propia narrativa. La nuestra está más inclinada al capitalismo; es un paradigma científico y un paradigma tecnológico y con eso todo está resuelto. Sabemos que no es cierto, que tenemos que alzar la voz y ser claros. Entretanto, se están presentando, tanto del lado conservador como del lado fundamentalista, otras alternativas, otras narrativas que vienen del Estado Islámico, de militantes islámicos, de ultraconservadores cristianos, judíos, indios, o la otra narrativa, la del neonacionalismo: tienes que ser holandés o francés o americano. Sabemos que son narrativas peligrosas, así que estamos muy necesitados de una narrativa espiritual. Hay que retransmitir las nuevas narrativas, como lo hicieron Thomas Mann, Dostoievski, León Tolstoi, Albert Camus, lo mismo que Boris Pasternak en *El doctor Zhivago*. Es lo que Paul Celan hizo para que sus lectores supieran lo que sucedió con la lengua alemana; el sentido de las palabras se perdió y los salmos que escribió eran salmos para los dioses callados. Debemos recobrar el lenguaje, el lenguaje poético; es lo que Octavio Paz trató de hacer de un modo magnífico y esa es la tarea de los intelectuales, artistas y pensadores de nuestro tiempo”.

En *Nobleza de espíritu, una idea olvidada*, Riemen recoge las palabras del poeta Walt Whitman, para apuntalar sus conceptos: “No es suficiente la libertad política; se debe promover un nuevo clima espiritual, es hora de que comience la era de la literatura. El verdadero poeta es aquel que enseña la verdadera libertad. La educación liberal es sinónimo de adquisición de la nobleza de espíritu”.

“Cualquiera puede cultivar la nobleza de espíritu”, afirma Riemen, “no hace falta dinero ni una educación superior ni una posición privilegiada en la sociedad; no se requiere de la tecnología, ni siquiera de una doctrina religiosa. La injusticia, la guerra y la violencia son el resultado de la falta de nobleza de espíritu que es, finalmente, lo más democrático que hay en el mundo. En la novela *La muerte de Iván Ilich*, Tolstoi describió muy bien la trampa en la que puede caer el ser humano. Narra así la historia de un hombre siempre ocupado tratando de ser importante. De pronto descubre que tiene cáncer, que va a morir, y se pregunta: ‘¿Qué he hecho con mi vida? Sólo estuve en reuniones, quise ser importante, pero no soy nada, no tengo nada’. Entonces”, agrega

Riemen, “puedes estar en el gran mundo de las finanzas, en la cumbre de la política, de lo que sea, pero esa vida no es nada; está vacía. Uno piensa que está respaldado porque tiene 300 amigos en Facebook, pero si de verdad crees que tienes 300 amigos, no tienes idea de lo que es la amistad. La nobleza de espíritu es entender que la vida es otra cosa. Es, como diría mi amigo George Steiner, la bienvenida a ser una mejor persona; es la batalla por la verdad, por el verdadero amor, por cultivar la amistad; no conformarse o, como diría Sócrates, proteger tu alma y no temerle a las decisiones más difíciles. Luchar por un mundo justo”.

Le pregunto a Rob Riemen: “Usted se ha referido al significado de la vida, cómo ha cambiado y cómo debemos recobrarlo, pero ¿qué pasa con el sentido de la muerte? ¿Ha cambiado nuestra manera de aproximarnos a ella?”.

Su respuesta es: “Somos mortales y probablemente las únicas criaturas conscientes de eso. Sabemos que podemos perderlo todo, que la tragedia puede sorprendernos en cualquier momento. Esto es lo que hace al ser humano frágil, inseguro y lleno de temores. Llegará la muerte, ¿y luego qué? Ya los profetas judíos y Sócrates, y también Dante nos dieron una clave, y es que más allá de nuestra mortalidad, de nuestra experiencia de pérdida, hay algo eterno. Y esa eternidad está en el mundo de las musas, porque aún podemos leer la *Iliada*, escuchar música y leer poesía o fascinarnos con la pintura de Rembrandt o Vincent van Gogh, y esto es posible sólo porque hay algo de eternidad en ello. Lo eterno es lo que todavía nos habla. La clave que nos ofrecen los profetas es que tratemos de organizar nuestra vida de modo que estemos alertas del hecho de que moriremos, de que podemos perder muchas cosas y enfocarnos en lo que permanecerá, es decir, en lo que es trascendente para nosotros: la vida del espíritu, el amor, la amistad. Hay que tratar de vivir la vida de tal manera que logremos crear algo que perdure”.

A simple vista, el pensamiento de Riemen parece conectarse con la religión; sin embargo, no es la religión lo que le interesa sino el espíritu. La religión, dice, no es necesaria para convocar a la nobleza de espíritu y procurar una vida significativa. Las verdaderas preguntas teológicas no están en los libros o en los dogmas sino en las artes. “Lo que es terrible en el mundo de las religiones es que quisieron convertirse en una ciencia, grabar sus postulados en piedra como si eso los hiciera verdaderos. Y si la Iglesia continúa con sus dogmas, no lograrán nada, están perdiendo el centro de su objetivo que es brindar conciliación, esperanza, visión. Eso se le debe comunicar a la gente en un lenguaje vivo con el que puedan relacionarse. De nuevo, Dostoievski, Tolstoi, Thomas Mann, Nietzsche entendieron que debíamos recurrir a las preguntas centrales de la vida, las pregun-



tas sobre la vida y la muerte, y transmitirlo a la gente de un modo comprensible. Se trata de contar una historia. Es lo que hizo Mahler con sus sinfonías. Él sabía que estábamos al final de una era y, como el mensaje en una botella, dejó esas sinfonías sabiendo que cuando el mundo cambiara por completo aún quedaría esa música, que podríamos escuchar la *Resurrección*. Esta es la gran responsabilidad del arte. Los grandes artistas siempre serán poetas metafísicos, siempre”.

Hace poco más de un año, Rob Riemen se dio a la tarea de entrevistar a 19 personajes destacados en su profesión. Todos bajo un común denominador: mayores de 65 años, la edad de retiro en Holanda. Todos ellos, además, hombres y mujeres que se hicieron solos, autodidactas, emprendedores. Así nació el libro *La universidad de la vida*. Las conversaciones partían de dos preguntas básicas: ¿qué es lo que te enseñó tu padre? y ¿qué te ha enseñado la vida? Yosha Fouls, violinista; Bernhard Henrik, conductor; Philippe de Montebello, ex director del Museo Metropolitano en Nueva York; Benedetta Craveri, escritora e historiadora, y el editor André Schiffrin son algunos de los personajes incluidos.

“Lo que hicieron ellos”, señala Riemen, “fue descubrir una pasión y seguirla. Eso me abrió los ojos a lo que tenemos que hacer en la vida: descubrir nuestra pasión y no tener miedo de seguirla, sea lo que sea: un cocinero, un científico o un novelista. Yosha Fouls, por ejemplo, cuenta que desde muy joven tuvo que trabajar en una fábrica pues su familia era muy pobre. En alguna ocasión escuchó la música de Mozart y pensó: ‘Esto es lo mío’. Con el poco dinero que tenía compró un *cello*

y comenzó a tocarlo. Se despertaba a las 4 de la mañana para poder practicar dos horas antes de ir al trabajo. Luego conoció a Pablo Casals y dijo: ‘Esto es lo que quiero’. Todas las historias tienen algo parecido”.

“La última historia es sobre mi padre; lo pude entrevistar aunque ya era muy viejo. Murió hace un año”. A Riemen se le quiebra la voz, sus ojos se humedecen. “Me estoy poniendo un poco sentimental”, dice. “*La universidad de la vida* es una frase que tomé de mi madre. Ella estuvo de los diez a los quince años en un campo japonés. Salió y fue a Holanda a trabajar en una fábrica. Mi padre creció en una familia católica muy pobre y también trabajó en una fábrica, a los catorce años. Lo mismo yo, vengo de una familia católica muy pobre. Mis padres tuvieron una sola pasión, que sus hijos pudieran estudiar. Aquello de lo que ellos se privaron querían dárselo a los hijos. Nunca hubo dinero, pero si yo quería tener un libro, ellos se encargaban de que lo tuviera. Guardo un gran respeto por los libros y me siento privilegiado por haber tenido la posibilidad de estudiar. En esta conversación, mi padre cuenta su historia, de dónde vino, cómo luchó, cómo se convirtió en líder sindical, las batallas que se llevaron a cabo para que los Países Bajos fueran una sociedad más justa. Y cuando le pregunté: ¿qué es lo que la vida te ha enseñado?, respondió: ‘Nunca te rindas. La vida es una batalla, pero nunca te rindas’. Creo que es lo que debemos hacer. Sabemos lo que es el mundo, tenemos obligaciones morales con las que hay que lidiar y debemos enfrentarlas. No podemos permitirnos seguir viviendo en nuestra zona de confort. Eso está fuera de cuestionamiento”. **U**